



Misa de apertura del XI Capítulo general (29 de mayo de 2022)

SALUDO INICIAL

Queridísimos hermanos:

Recibimos con alegría a cada uno de vosotros, venidos de todas las partes del mundo, para participar en el XI Capítulo general de la Sociedad de San Pablo, un acontecimiento que abrimos este domingo, solemnidad de la Ascensión del Señor, en torno a la Mesa eucarística; día en que celebramos también la 56ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.

Damos gracias al Señor por habernos concedido la gracia de este evento sinodal en un tiempo en que el mundo sigue sufriendo aún las consecuencias de la crisis sanitaria a causa del Covid-19 y asiste también a ciertas situaciones de conflicto, entre ellas la de Ucrania.

Al comienzo de este Capítulo, que abre una nueva página en la historia de nuestra Congregación, queremos agradecer a cuantos han dado su aporte en estos últimos siete años de servicio del Gobierno general que ahora cesa: gracias a los Consejeros generales, los Oficiales del Gobierno general, los Secretarios, la postulación, los traductores, los responsables del *Information Service*, el Centro de Espiritualidad Paulina, los Superiores y los miembros de las Casas directamente dependientes del Gobierno general, los Superiores de nuestras Circunscripciones con sus Consejos, nuestros colaboradores laicos y muchos otros que nos han ayudado a llevar a cabo el trabajo de animación de toda la Congregación.

En comunión con todas las personas que nos acompañan con su oración, entre ellas nuestros cohermanos de las diversas comunidades (de modo particular los enfermos) y todos los miembros de la Familia Paulina, oremos por el buen éxito de este XI Capítulo general, confiando nuestros trabajos a Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida, fuente de todo bien.

HOMILÍA

Queridos hermanos:

En las lecturas bíblicas de esta Solemnidad de la Ascensión del Señor, hemos escuchado, por dos veces (en la prima lectura y en el Evangelio), el relato de la subida de Jesús al Cielo. Por un lado esto quiere decir que Jesús se ha elevado de la tierra hasta llegar a la presencia de Dios Padre, para vivir en plena comunión con Él, indicándonos de este modo que nuestro destino es recorrer ese idéntico camino y alcanzar la misma meta. Al mismo tiempo, la vuelta de Jesús al Padre no significa un alejamiento de sus discípulos, sino una presencia más honda en sus vidas –mediante su Espíritu– para continuar la obra de salvación por medio del propio testimonio. En

efecto, Jesús había prometido: «Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré» (Jn 16,7).

Jesús vuelve al Padre y los discípulos se quedan en el mundo, no para entretenerse “mirando al cielo”, como relatan los Hechos de los Apóstoles (1,11), sino para “ponerse en camino” como “misioneros”, comunicadores de cuanto han aprendido viviendo con Jesús muerto y resucitado, es decir partiendo cual testimonios de todo lo sucedido (Lc 24,48). En este sentido, se constituyen en el primer anillo de una larga cadena que se desenvolverá a lo largo de los siglos de testimonio en testimonio, de fe anunciada, acogida y transmitida, hasta llegar a nuestros días.

Ahora somos nosotros los llamados a hacer la experiencia del amor sin medida de Jesús anunciando a todos los pueblos la conversión y el perdón de los pecados (Lc 24,47). Hoy somos nosotros los llamados a vivir en comunión con Quien para nosotros es el Maestro, Camino, Verdad y Vida, dando testimonio de su Evangelio. Y lo hacemos como consagrados, tras las huellas del apóstol Pablo, a la luz del carisma de la comunicación heredado del beato Santiago Alberione.

Providencialmente la apertura de nuestro XI Capítulo general, en la Solemnidad de la Ascensión del Señor, coincide con la 56ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, y ello nos invita a profundizar en la realidad de la comunicación bajo el aspecto de la escucha.

En el mensaje para esta ocasión, el papa Francisco afirma que la escucha es una dimensión del amor y una genuina actitud imprescindible en el proceso de la comunicación y de la misma actividad evangelizadora. Desde tal perspectiva, cabe afirmar que los discípulos del Resucitado –los del pasado y los del presente–, recorriendo el mundo para anunciar el Evangelio, están llamados a ser personas que escuchan.

De todos modos, en este tiempo en el que estamos perdiendo la capacidad de poner en práctica esta dimensión decisiva en la gramática de la comunicación –aun estando inmersos en la variedad de las relaciones posibilitadas por las tecnologías digitales–, se nos exhorta no simplemente a “escuchar”, sino –insiste el Papa– a “escuchar con el oído del corazón”, es decir asumiendo una actitud concerniente no solo al sentido del oído sino coinvolucrando toda la persona.

Obviamente este aspecto de la comunicación afecta a todas las individuos, pero de modo particular a quienes están al seguimiento de Jesús, y más directamente aún a nosotros, Paulinos, que por carisma institucional nos sentimos llamados a ser hombres de comunicación del Evangelio mediante nuestro testimonio personal y con los diversos lenguajes técnicos de la comunicación para, como diría nuestro Fundador, «empapar de Evangelio todo el pensamiento y el saber humano» (AD, 87-88).

El mensaje de esta Jornada es rico en significado para nuestra vida y misión, de veras oportuno para nosotros al comenzar nuestro Capítulo general. Es un fuerte estímulo a hacer de este evento sinodal una profunda experiencia de escucha, de diálogo y consiguientemente de “apertura” –del oído y del corazón– a Dios, a las necesidades de las personas y de nuestras comunidades, a la sociedad con sus riquezas y malestares, a los deseos de los interlocutores y destinatarios de nuestro apostolado (¡allí donde y

como viven!), a la realidad de la actual cultura de la comunicación, a los signos de los tiempos... En efecto «sólo prestando atención a *quién* escuchamos, *qué* escuchamos y *cómo* escuchamos podemos crecer en el arte de comunicar, cuyo centro no es una teoría o una técnica, sino la “capacidad del corazón que hace posible la proximidad”» (Papa Francisco).

De modo particular, en este Capítulo estamos llamados a escuchar con el oído del corazón la solicitud propuesta por su tema central, expresado en el título inspirado en Rom 12,2, que nos apremia a no amoldarnos a la mentalidad del mundo con sus seducciones, sino a dejarnos transformar renovando nuestro modo de pensar. Es interesante captar que el apóstol Pablo no dice “transformad” el mundo –sin duda a la luz del Evangelio– sino “transformaos”. Transformar, sí, el mundo, pero ante todo y sobre todo el mundo que está dentro de nosotros, para después trabajar en la transformación del mundo que está fuera de nosotros. Transformarnos renovando nuestro modo de pensar «para discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto».

Con estos propósitos se nos impulsa a vivir el XI Capítulo general, es decir con la determinación de “escuchar” al Espíritu y todas las realidades circunstantes para indicar a nuestra Congregación el camino a emprender que nos lleve a ser verdaderos artesanos de comunión para anunciar proféticamente el gozo del Evangelio en la cultura de la comunicación.

Concluyo recordando las palabras que el papa Francisco dirigió a los Paulinos y a los lectores y colaboradores de Familia Cristiana, en la audiencia concedida el pasado 21 de mayo, palabras inspiradas en la Carta a los Hebreos, cuando el autor afirma que «nosotros no somos gente que se arredra» (Heb 10,39), al contrario, «vamos adelante con la fuerza del Evangelio, con la fuerza comunicativa que crea comunidad; no ir atrás para formar grupitos de autoconservación, que acabarían por transformar nuestra alma en una pieza de museo. Estad atentos a esto».

Jesús Maestro vivo en medio de nosotros nos ilumine, de modo que sinodalmente, escuchándonos unos a otros, miremos al frente, atentos a los cambios de los tiempos, buscando los mejores caminos para lanzarnos adelante en la “dulce y confortadora alegría de evangelizar” (EG 10), siguiendo las pautas del carisma paulino. Así era también el anhelo de san Pablo VI, gran conocedor y estimador de nuestra misión, cuya memoria litúrgica cae precisamente hoy.

María Reina de los Apóstoles, san Pablo, el beato Santiago Alberione, con todos “los santos y santas” de la Familia Paulina, estén a nuestro lado. Amén.